

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

Las lecturas de este domingo nos hablan del Reino. Nos dice el evangelio: «Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos"». La importancia de este tema, que es clave en la predicación de Jesús, llevó a Juan Pablo II a incluir un misterio luminoso en el Rosario para que lo contemplemos en la oración. Jesús anuncia el Evangelio del Reino y manifiesta su cercanía curando enfermedades y expulsando demonios. De hecho, discutiendo con los fariseos, les dirá que si obra milagros es porque el reino de Dios ya está presente.

Aquí el Reino se opone al dominio del mal. Así lo hace ver la primera lectura: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló». Jesús viene y destruye el poder de la muerte, la esclavitud del pecado, que tenía dominado al hombre. En esa lucha victoriosa contra el mal, Jesús quiere también reinar en nuestros corazones. Para ello es necesario cambiar interiormente. De ahí que la predicación del Reino vaya unida a una llamada a la conversión.

Resulta pedagógico darse cuenta de que la profecía de Isaías (primera lectura) era interpretada por los judíos contemporáneos en el sentido de una liberación militar, de la opresión que entonces padecían. Aquel anhelo Jesucristo lo cumple de una forma mayor porque trae un reinado espiritual, capaz de transfigurar las realidades terrenas (por eso realiza curaciones y milagros), pero que busca, sobre todo, la transformación del hombre para que pueda un día gozar de la visión de Dios en el cielo.

Nuestros deseos humanos no deben ocuparnos de tal manera que nos impidan abrirnos a las realidades sobrenaturales que Dios nos ofrece. Por otra parte, tampoco hay que negar al cristianismo la capacidad para regenerar las sociedades y ser fermento de una nueva cultura. La historia de Occidente muestra precisamente ese poder que tuvo la gracia para construir algo nuevo. Ese camino de renovación sólo es posible, sin embargo, si se parte de una transformación interior. De ahí que el Reino se inicie por la conversión individual. El hombre en gracia se transforma en eficaz agente de Dios en la historia. De hecho, los que más han contribuido a la formación de una cultura cristiana han sido los santos, y el mejor combate contra la decadencia cultural, sin dejar por ello la lucha en todos los frentes, es el empeño en la santidad personal.

La segunda lectura nos aporta una enseñanza importante que también hoy puede tener el mismo efecto correctivo que en tiempos del Apóstol. San Pablo alerta contra las divisiones en el seno de la comunidad. Diferentes grupos, todos ellos cristianos, se han formado alrededor de distintos predicadores: Pablo, Apolo, Cefas..., y se dan discusiones entre ellos. San Pablo les recuerda que el apóstol es ministro del Señor y que el único que salva es Jesucristo. Esta lección no ha perdido su actualidad.